

Sentido de la filosofía desde la tradición personalista

The Meaning of Philosophy in the Personalistic Tradition

JAIME VILAROIG*

Resumen: En este artículo se propone hablar del sentido de la filosofía, más que de la utilidad, y se caracterizan las corrientes filosóficas más representativas del siglo XX para descubrir bajo todas ellas un cariz indefectiblemente personal. El sentido de la filosofía personalista está, en primer lugar, en reorientar las cosas y la filosofía misma hacia la persona, fuente de todo auténtico sentido. El sentido de la filosofía personalista está, en segundo lugar, en promover un giro personalista que se sitúe en un justo término medio entre el objetivismo y el subjetivismo (términos ambos que son posteriores a la relación interpersonal). Además, si se confronta al personalismo con otras tradiciones filosóficas, se comprueba que este es superior, en orden a la actividad teórica, en orden a la orientación de la propia vida y en orden a la vocación profesional, sea en los trabajos científicos, técnicos o de servicio. Todo ello se resumiría en el lema “¡a las personas mismas!”.

Palabras clave: personalismo, persona, sentido, utilidad, tradición.

Abstract: In this article it is proposed to speak of the meaning of philosophy rather than utility, and it is characterized the most representative philosophical traditions of the twentieth century to discover under them an unfaillingly personal character. The meaning of personalistic philosophy is first of all to redirect things and philosophy itself towards the person, the source of all true meaning. Secondly, the meaning of personalistic philosophy is to promote a personalistic twist that is situated in a fair middle ground between objectivism and subjectivism (both terms that are posterior to the interpersonal relationship). In addition, if personalism is confronted with other philosophical traditions, it is proved that it is superior in order to the theoretical activity, in order to the orientation of the own life and in order to the professional vocation, in the scientific, technical or service jobs. All this would be summarized in the motto “to the persons themselves!”.

Keywords: personalism, person, sense, utility, tradition.

Recibido: 11/11/2016

Aceptado: 08/03/2017

* Universidad CEU Cardenal Herrera (Valencia). E-mail: jaime.vilarroig@uch.ceu.es

Preguntarse por la utilidad de la filosofía personalista presupone que la filosofía tiene alguna utilidad. Pero, más aún, presupone saber qué es la utilidad, qué es la filosofía y qué es el personalismo. Esto nos aboca a un problema, porque, aunque nos podamos preguntar por la utilidad o el sentido de algo, si intentamos determinar con palabras qué es la utilidad o el sentido, pronto nos veremos encerrados en un círculo vicioso de modo análogo a la problemática que enfrenta la definición del ser. Peor aún si intentamos determinar qué es filosofía, puesto que una de sus tradiciones más persistentes sitúa su más alta expresión, la metafísica, como un saber que se busca¹ y que, por lo tanto, no está definido de antemano. La misma problemática nos encontramos al intentar definir el personalismo, cuyo nombre existía antes de Mounier (Campoamor², Renouvier³), y quienes hoy se cuentan entre los personalistas se concibieron a sí mismos como tomistas (Maritain), fenomenólogos (Scheler), filósofos del diálogo (Buber), etc., aunque también personalistas en cierto sentido⁴. Así que la pregunta en sí misma es máximamente problemática: ¿cuál es el sentido de la filosofía personalista?

1. Los (sin)sentidos de las tradiciones filosóficas

Unamuno decía que una asignatura, materia, libro, etc., que tiene que empezar su discurso argumentando la “importancia” de la cuestión allí tratada, es que no está muy convencida de su propia importancia. Una reflexión específica destinada a preguntarnos por la utilidad de la filosofía en sentido personalista denota que no se tiene muy claro para qué pueda servir, o siquiera que pueda servir para algo. Sin embargo, quien no vea la utilidad de hacer filosofía en sentido personalista es dudoso que se convenza con argumentaciones teóricas. La mejor demostración de la utilidad de la filosofía en sentido personalista es utilizar la filosofía personalista para lo que fue pensada: no para hablar de sí misma, sino para hablar de las personas. Y es en este sentido en el que afirmaríamos que quien no le vea utilidad a un filosofar desde y para la persona tampoco va a ser convencido por medio de argumentaciones técnicas. No se trata, por tanto, de un argumentar, cuanto de un nuevo modo de mirar.

¹ ARISTÓTELES, *Metafísica*, Libro A, II.

² Cfr. R. DE CAMPOAMOR, *El personalismo, apuntes para una filosofía*, Rivadeneyra, Madrid 1855.

³ Cfr. CH. RENOUVIER, *Le personalisme*, Alcan, París 1903.

⁴ Para la determinación de las tradiciones personalistas en filosofía puede verse J. M. BURGOS, *El personalismo, autores y temas de una filosofía nueva*, Palabra, Madrid 2000. También C. DÍAZ, *Treinta nombres propios (Figuras del personalismo)*, Fundación E. Mounier, Madrid 2002.

Las instituciones solo se preguntan por sí mismas cuando sufren crisis de identidad. Mientras una institución funciona como debe, nadie se pregunta por su utilidad: se la usa y basta. Lo mismo indicó Heidegger respecto a los martillos: mientras martillean, nadie se pregunta por su esencia última; pero, si falla el mango o se le suelta el mazo, entonces emerge en primer plano el problema del ser útil⁵. En un sentido parecido Unamuno apuntaba que no sabemos de la existencia del hígado hasta que nos duele⁶. Tampoco solemos caer en la cuenta de la importancia de los demás hasta que los perdemos. Así pues, nos damos cuenta de la utilidad de la filosofía en sentido personalista cuando la filosofía personalista está ausente. Hay aquí una especie de revelación por ausencia; de un modo análogo a cómo Dios puede revelarse por el hueco que ha dejado al marchar, según decía Ortega y Gasset⁷.

Consideramos que los grandes maestros de la tradición personalista no comenzaron su filosofar preguntándose para qué servía filosofar. El filósofo auténtico filosofa desde la necesidad a la que le impele la vida misma; no comienza a pensar después de que alguien le haya convencido de que sea bueno hacerlo. Tampoco el náufrago comienza reflexionando sobre la necesidad de bracear para mantenerse a flote. Los grandes maestros de la tradición personalista no se detienen demasiado en la cuestión de “para qué sirve la filosofía”, filosofan porque están convencidos de su utilidad, y a quien no esté convencido de ella tampoco le convencerán argumentos.

Y, sin embargo, nos preguntamos por la utilidad de la filosofía personalista, y con ello nos situamos en la mejor tradición del pensamiento, desde Grecia. La filosofía comienza también por hacerse cuestión de sí misma, y haciéndose cuestión de sí misma, poniendo en cuestión su propio objeto de estudio, se convierte con ello en modelo de racionalidad para las demás ciencias. Así que por esta especie de superávit de racionalidad, también desde el personalismo, todos los ámbitos del humano vivir se benefician de las dádivas de la filosofía. Aunque no nos pasemos la vida preguntándonos para qué hacemos las cosas, siempre es mejor preguntárnoslo alguna vez que no hacerlo nunca. La inteligencia se acrecienta tras haberle dedicado un tiempo a esta cuestión. Y la filosofía, haciéndose ella misma cuestión, reparte generosamente los beneficios de su esfuerzo sobre lo que no es filosofía. Máxime, cuando la filosofía en sentido personalista comienza haciendo del hombre

⁵ Cfr. M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo*, Trotta, Madrid 2012, §15.

⁶ Cfr. M. DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa, Madrid 2007, Cap. IX.

⁷ Cfr. J. ORTEGA Y GASSET, *Qué es filosofía*, Espasa, Madrid 2012, Cap. VII.

mismo, no una cuestión más, sino “la” cuestión, (*mihi quaestio factus sum*)⁸. Me cuestiono a mí mismo, cuestiono lo que hago (entre otras cosas, filosofar), y de este cuestionamiento parto con la convicción de que no volveré de vacío.

Sin embargo, cuando nos preguntamos por la “utilidad” de la filosofía, es preocupante lo que da por supuesto la palabra “utilidad”. Si al preguntarnos por la utilidad de la filosofía empleamos la palabra utilidad en un sentido análogo al que empleamos cuando hablamos de la “utilidad” de un destornillador, entonces mejor sería decir que la filosofía no sirve para nada, y pasar a otra cosa. Para quien no lo haya entendido, pasar a otra cosa significará pasar a hacer otra cosa distinta de la filosofía (por ejemplo, divertirse en sentido pascaliano⁹); para quien lo haya entendido, pasar a otra cosa significará pasar a otro tema, pero para seguir filosofando. En los viejos manuales de filosofía se decía que la filosofía no servía para nada, porque todos los saberes están en función de ella, y ella no está en función de ningún otro saber¹⁰. Negar que la filosofía tenga utilidad solo puede ser un demérito para aquellos que piensen que en el mundo todo se mide por la utilidad de las cosas, y no caen en la cuenta de que la utilidad está en función de algo, que es lo auténticamente valioso. Jugar, disfrutar o amar son cosas que no sirven para nada pero que llenan la vida de sentido. Las personas no sirven para nada; pero esto, lejos de ser un demérito, arroja una nueva luz sobre la cuestión.

Al preguntarnos por la utilidad de la filosofía, parece que hemos olvidado la fecunda distinción agustiniana entre el *frui* y el *uti*¹¹, y hemos dado por supuesto, junto a todo el utilitarismo imperante, que las cosas que no sirven para nada no merecen atención alguna. Pero, si todo “sirve para” y no hay nada a cuyo servicio están las cosas, entonces estamos en un mundo lleno de cosas útiles para nada en último término; es decir, un mundo lleno de útiles inútiles; un mundo lleno de utilidad, pero vacío de sentido. Por ello, en lugar de hablar de la utilidad de la filosofía, habría que hablar del “sentido” de la filosofía. Toda utilidad apunta a algún sentido, pero no todo sentido es utilitario. Todas las cosas que son útiles tienen sentido; pero no todo lo que tiene sentido sirve para algo. Jugar, disfrutar o amar son acciones llenas de sentido, pero carentes de utilidad; a menos que se haya confundido el sentido con la

⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, 33, p. 50.

⁹ B. PASCAL, *Pensamientos*, Losada, Buenos Aires 2013, p. 139. Divertimento.

¹⁰ R. GAMBRA, *Historia sencilla de la filosofía*, Rialp, Madrid 2014, pp. 31 y ss.

¹¹ SAN AGUSTÍN, *Sobre la doctrina cristiana*, Libro I, cap. 3.

utilidad. Para clarificarlo, digamos que la utilidad es un subconjunto dentro de lo que puede ser el sentido de las cosas, o que la noción de sentido es más amplia que la noción de utilidad.

¿Qué sentido le han dado a su filosofar los filósofos de estas últimas décadas, y cuyas raíces alientan aún nuestra actualidad filosófica? Cada escuela filosófica, cada tendencia o estilo filosófico tienen su sentido específico, del cual son más o menos conscientes quienes militan en sus filas. Hagamos un breve repaso, siempre susceptible de mejora. El fenomenólogo filosofa para aclarar la esencia de las cosas, para describir los fenómenos en su prístina pureza¹². El filósofo analítico construye lenguajes libres de ambigüedad¹³ o deshace los enredos en los que nos sume el habla cotidiana¹⁴. El hermeneuta pugna por deshacer malentendidos estableciendo las bases de una teoría general de la interpretación¹⁵. El existencialista comprende su vida desde la existencia individual, libre de esencias que le predeterminen¹⁶. El filósofo crítico de la escuela de Frankfurt o sus epígonos habermasianos (como ya lo hacían sus antecedentes marxistas) filosofa para emancipar al hombre¹⁷. El filósofo de corte trascendental (del sujeto trascendental kantiano a la pragmática trascendental de Karl-Otto Apel¹⁸) labora por sacar a la luz los elementos a priori y las condiciones de posibilidad del mundo o de la comprensión. El racionalista crítico busca fundamentaciones últimas hasta donde las haya¹⁹. El pragmatista filosofa para encontrarle a todo su “para qué” más utilitario, fuera del cual no encuentra el sentido²⁰. El postmoderno filosofa para sacar a la luz las estructuras que constituyen lo humano²¹ (perdiendo a la persona por el camino) o bien nos recuerda que ya no hay metarrelatos²² (perdiéndose la voz en el fragmento) o bien hace arqueología del saber²³

¹² E. HUSSERL, *La idea de fenomenología*, FCE, México 1982, pp. 62-63. Para una exposición actual de la fenomenología puede consultarse J. SAN MARTÍN, *La estructura del método fenomenológico*, UNED, Madrid 1986.

¹³ Cfr: L. WITTGENSTEIN, *Tractatus Logico-Philosophicus*, Alianza, Madrid 2012, Proposición 7.

¹⁴ Cfr: L. WITTGENSTEIN, *Investigaciones filosóficas*, Trotta, Madrid 2017, §109. Para esclarecer el sentido de la filosofía analítica puede consultarse la compilación de J. MUGERZA, *La concepción analítica de la filosofía*, Alianza, Madrid 1974.

¹⁵ P. RICOEUR, *Del texto a la acción*, FCE, México 2002, pp. 71 y ss.

¹⁶ Cfr: J. P. SARTRE, *El existencialismo es un humanismo*, UNAM, México 2006.

¹⁷ Cfr: J. HABERMAS, *Conocimiento e interés*, Taurus, Madrid 1982.

¹⁸ Cfr: K-O. APEL, *La transformación de la filosofía*, Taurus, Madrid 1989.

¹⁹ Cfr: K. POPPER, *El mito del marco común: en defensa de la ciencia y la racionalidad*, Paidós, Barcelona 2005.

²⁰ Cfr: W. JAMES, *Pragmatismo*, Alianza, Madrid 2000.

²¹ Cfr: C. LEVI-STRAUSS, *Antropología Estructural*, Eudeba, Buenos Aires 1977.

²² Cfr: F. LYOTARD, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid 1987, cap. 9.

²³ Cfr: M. FOUCAULT, *Arqueología del saber*, Siglo XXI Editores, 1970.

para deconstruir los problemas filosóficos, reconducirlos al origen del que surgieron, y alumbrar nuevas posibilidades de comprensión y, por tanto, de vida.

Sin embargo, en todas las propuestas hay elementos comunes que nos permiten llamarlas a todas “filosofía”. Filosofía es una palabra análoga que se dice en muchos sentidos, y más que una analogía de atribución, se da en ella una analogía de proporcionalidad: todas las tradiciones filosóficas guardan entre sí la debida proporción que permite reconocerlas como filosofía. En todas ellas hay un radical y global cuestionarse; todas ellas están antes y después de cualquier otro saber; todas ellas son pensadas y practicadas por personas. La radicalidad (o profundidad) y la totalidad son dos de las notas que han acompañado a la filosofía desde sus mismos orígenes; y allí donde hay un radical y total cuestionarse hay auténtica filosofía, sea de la escuela que sea. La filosofía está antes de nada y después de todo. Antes de nada, se desbroza el campo, se definen términos, se descubren supuestos, se acuerdan mínimos, se clarifican posturas, etc. Después de todo, continúa el incisivo preguntar roturando nuevos campos, integrando puntos de vista, comparando conceptos, buscando una mayor comprensión. Sin embargo, todas estas maneras de filosofar son practicadas por y para las personas, lo cual nos da pie para hablar también del sentido de la filosofía desde la tradición personalista.

2. El sentido de la filosofía en la tradición personalista: ¡a las personas mismas!

Comencemos con algo sobradamente sabido y continuamente olvidado: no hay “filosofías” en abstracto, sino el “filosofar” mismo, el acto concreto (Zubiri). Sin embargo, podríamos ir un poco más allá y afirmar que en realidad ni siquiera el filosofar existe por sí mismo, sino que lo que existe de verdad son personas que filosofan. Tampoco existe la “enfermedad”, sino más bien “personas enfermas”. Lo auténticamente existente, en todo lugar y tiempo, son las personas de carne y hueso, y no sus teorías²⁴. En el fondo se trata de reproponer la vieja distinción aristotélica entre *prote ousia* y *deutera ousia*, no tanto por lo de *ousia* (siempre problemática en un contexto personalista), cuanto por la distinción entre *prote* y *deutera*. Lo verdaderamente existente es la persona que filosofa y la persona para quien se filosofa. El filosofar que de ahí surge, o la filosofía que de ahí se elabora, son secundarias respecto a

²⁴ Cfr. M. DE UNAMUNO, *El sentimiento trágico de la vida*, Espasa, Madrid 2007, cap. 1.

las personas mismas. Y en este sencillo hecho constatamos que una filosofía en sentido personalista bien puede estar en la base de cualquier modo de hacer filosofía, sea de la tradición que sea.

Pero ¿qué es el personalismo? ¿No es un sistema más entre otros? Hay que recordar que los padres fundadores del personalismo no parece que quisieran erigirlo en sistema. Mounier no lo pretendió; Lacroix habló precisamente del personalismo como anti-ideología²⁵; Carlos Díaz lo propone como un adjetivo o estilo, más que como sustantivo²⁶. Es notable, sin embargo, el intento por parte de Juan Manuel Burgos de dotar al personalismo de coherencia y sustantividad sistemática²⁷. Quizá seríamos más justos si, en lugar de caracterizarlo como un sistema, lo caracterizáramos como una tradición de pensamiento. Y sistema y tradición no son lo mismo, si aplicamos aquí distinciones habituales en el personalismo: persona no es lo mismo que individuo, ni sociedad es lo mismo que comunidad. Las cosas forman sistemas; las personas, tradiciones.

Habría que hablar de la tradición personalista en un sentido análogo al que Kuhn le dio a los paradigmas científicos²⁸, dentro de los cuales se mueve la ciencia normal, y cuya colisión hace a la ciencia entrar en crisis. La tradición personalista incluye un repertorio de problemas a tratar (agenda de temas), un repertorio de soluciones, un estilo de filosofar, un vocabulario básico, y sobre todo una cadena de autoridades. Los hitos que identifican el personalismo en general son la distinción entre persona y cosa, el primado o dignidad de la persona, la apertura esencial a los demás, la situación intermedia entre el colectivismo y el individualismo, el desarrollo integral de la persona, etc. Los autores de referencia, cuya estela sigue el personalismo constituyendo una tradición de pensamiento, son Mounier, Lacroix, Nedoncelle, Marcel, Guardini, Buber, Wojtyla, Scheler, Maritain, Julián Marías, etc.²⁹; y en nuestro ámbito inmediatamente cercano, Carlos Díaz desde el personalismo comunitario³⁰ y Juan Manuel Burgos desde el personalismo ontológico moderno³¹.

²⁵ Cfr. J. LACROIX, *El personalismo como anti-ideología*, Guadiana, Madrid 1973.

²⁶ Cfr. C. DÍAZ, *Persona*, en A. CORTINA, *Diez palabras clave en ética*, Verbo Divino, Estella 1994.

²⁷ J. M. BURGOS, *El personalismo ontológico moderno I: Arquitectónica*, en "Quién: Revista de filosofía personalista", 1 (2015), pp. 9-27. J. M. BURGOS, *El personalismo ontológico moderno II: Claves antropológicas*, en "Quién: Revista de filosofía personalista", 2 (2015), pp. 7-32.

²⁸ Cfr. T. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México 2010.

²⁹ Son muy útiles, además, las obras en que J. M. Burgos y C. Díaz exponen los árboles genealógicos del personalismo. Cfr. nota 4.

³⁰ Cfr. C. DÍAZ, *Qué es el personalismo comunitario*, Fundación E. Mounier, Madrid 2001.

³¹ Cfr. J. M. BURGOS, *Introducción al personalismo*, Palabra, Madrid 2012.

Ahora bien, ¿cuál es el sentido de la filosofía personalista? ¿Para qué filosofa un personalista? ¿Qué aporta el personalismo a las otras tradiciones de pensamiento? El personalismo viene a indicar algo que ya hemos dicho, tan elemental como olvidado, que la persona es la realidad que está en la base de todo (por ejemplo, de cualquier filosofía). Dejando de lado la vieja disputa de si la filosofía es o no *ancilla theologiae*, lo que es evidente es que la filosofía es *ancilla personae*. Las cosas y las ideas mismas están en función de las personas, y no las personas en función de las cosas e ideas; y, si no lo están, el personalismo viene a indicar que deberían estarlo. El sentido de la filosofía personalista es mostrar que la persona es el sentido de todo, es el protosentido. Las cosas, ideas y filosofías tendrán sentido en la medida en que tengan relación con la persona, que es su sentido originario, y esto es lo que viene a recordar el personalismo. Es la persona la que da sentido a las cosas (incluyendo entre las cosas a cualquier filosofía), y no son las cosas (ni siquiera la filosofía) la que da sentido a la persona.

En un mundo sin personas no habría nada que decir, nada que estudiar, nada que transformar o mejorar. Para que alumbre la verdad, no solo es menester el mundo, sino que hace falta una mente personal con la cual el mundo entre en relación para que pueda hablarse de verdad o falsedad. Ni siquiera el tiempo o el espacio, entendidos como medida del movimiento o extensión de los cuerpos, tienen sentido fuera de una mente que los pueda medir; sin ser necesariamente kantianos, el tiempo y el espacio requieren de un sujeto. Es trivialmente sabido por todos que pensar un mundo sin personas conlleva la contradicción performativa de intentar suprimir a la persona que posibilita dicho mundo pensado. Y, si esto es así para el mundo mal llamado “natural”, qué no será para el mundo personal. Von Balthasar ha escrito unas páginas muy bellas a propósito de esto en el primer volumen de su *Teológica*³². El mundo sin la persona no es mundo como tal, sea quien sea la persona de que hablamos (yo mismo, tú, Dios o al menos el sujeto trascendental kantiano del que nunca nos podemos liberar si intentamos pensar en un universo vacío de personas).

Así pues, el sentido de la filosofía personalista es el de poner a las cosas en su sitio (distinguiéndolas de las personas), y recordarnos que filosofan las personas para las personas. Hablamos de personas y no de seres humanos, y, siendo esta distinción básica y esencial, pocas veces hemos visto que el personalismo lo emplee de modo consciente³³. La

³² Cfr. U. VON BALTHASAR, *Teológica /I. Verdad en el mundo*, Encuentro, Madrid 1998.

³³ Véase el artículo de J. M. BURGOS, “¿Todos los seres humanos son personas? Acerca de

categoría de persona es una categoría superior a la de ser humano. Está claro que todos los hombres son personas, lo que no parece tan claro es que todas las personas sean hombres. Si lo que el personalismo propone, al cabo, es recentrarlo todo en el hombre, entonces no está libre de la acusación de antropologismo o subjetivismo. Lo que se precisa hoy en día (en realidad, siempre) no es un giro antropológico, sino un giro personalista³⁴.

Sería excesivamente largo entrar en esta distinción entre ser humano y persona, pero la idea básica es que todos los hombres son personas, aunque no todas las personas sean hombres. La humanidad siempre ha tenido en mente seres no humanos, y que sin embargo son personas o tienen atributos personales. Tomemos algunos ejemplos desde puntos de partida radicalmente distintos para que veamos a qué nos referimos: personas han sido consideradas Dios o los ángeles; también los marcianos; y, en último término, también una hipotética inteligencia artificial o animales modificados genéticamente que alcanzaran capacidades personales. Es precisamente a lo que se refería Husserl, cuando decía que “lo que es verdad es verdad absolutamente, en sí; la verdad es una, idéntica a sí misma, cualesquiera que sean los seres que la perciban, hombres, monstruos, ángeles o dioses”³⁵. Lo interesante de esta cita es precisamente que todos los ejemplos que da son ejemplos (reales o inventados) de seres personales, sin los cuales no se da la verdad. Así que no es el hombre el centro de todo, ni quien da sentido a las cosas, sino la persona (y, si el hombre es persona, entonces también el hombre).

¿Y qué es un ser personal? Sin agotar las características, por el carácter abierto del mismo, es alguien real (de carne y hueso), único e irrepetible, con una existencia absolutamente propia (suidad), sabedor de sí y artífice de su destino, con un fuera y un dentro íntimo, esencialmente constituido por los demás distintos de él, cuyo máximo sentido está en la entrega propia a estos otros que no son él³⁶. La filosofía es algo que hace una persona para las personas, así que la filosofía (en cualquier sentido que se entienda) está en función de la persona, y no al

la distinción bioética entre persona y ser humano”, versión revisada en www.personalismo.org (consultado el 9/12/2016).

³⁴ Cfr. J. M. BURGOS (ed.), *El giro personalista: del qué al quién*, Fundación Emanuel Mounier, Madrid 2011.

³⁵ Cfr. E. HUSSERL, citado en A. CAMUS, *El mito de Sísifo*, Alianza, Madrid 1981, en la sección *El suicidio filosófico*. Sin embargo, Camus no da la referencia exacta.

³⁶ Puede verse una exposición más sistemática en J. VILARROIG, *El hombre, un ser que se pregunta*, CEU Ediciones, Madrid 2014, pp. 135 y ss.; que sigue básicamente a J. A. GARCÍA CUADRADO, *Introducción a la antropología filosófica*, EUNSA, 2011, pp. 125 y ss.

revés. El lema que propondría el personalismo, remedando a Husserl, podría ser: “a las personas mismas”³⁷.

Puesto que quien filosofa son las personas, la estructura misma del filosofar ha de ser personal (no humana, sino personal), y todas las divisiones de la filosofía, de cualquier escuela, que puedan hacerse, se remiten a dicha estructura personal. Son distinciones personales la división estoica de la filosofía entre conocer, ser y actuar; o la división atendiendo a los trascendentales de verdad, unidad, bondad y belleza; también las tres preguntas kantianas de qué puedo conocer, qué debo hacer o qué me cabe esperar, se remiten a la persona; o la distinción entre el espíritu objetivo, subjetivo y absoluto de Hegel. En el fondo, toda propuesta de “división” de la filosofía nos desvela su carácter íntimamente personal.

Se puede decir aún de otra manera: el sentido de la filosofía personalista está en mostrar que el sentido de todo se retrotrae a las personas. Recurriendo a una idea orteguiana, profundamente personalista, se trata de constatar que mi vida es la realidad radical, en la cual todas las demás cosas están radicadas³⁸. No cabe comprensión cabal de nada al margen de la persona. La persona vendría a ser el primer analogado en cualquier cosa sobre la que se intente algún género de comprensión. Y no solo el primer analogado, sino el ámbito en el que acontece la comprensión misma. No se da comprensión al margen de mi vida; y no solo eso, sino que la comprensión misma está en función de mi vida con todos sus ingredientes; la mía, concreta y determinadísima.

Así que, entre el antropologismo subjetivista postmoderno y el realismo ingenuo periclitado, el personalismo se presenta como una tradición de pensamiento que aúna la referencia a la realidad, a la verdad y a la persona, sin caer en el objetivismo ni en subjetivismos. La inseparabilidad buberiana del yo-tú³⁹, el contraste guardiniano entre mundo y persona⁴⁰, las polaridades constitutivas de las que habló Von Balthasar como persona y comunidad⁴¹, nos abren una vía media interesantísima que lo dice todo en una palabra (persona) y cuyas últimas consecuencias deben ser continuamente recordadas y actualizadas en el pensa-

³⁷ Encontramos una formulación aproximada de este principio en la interesante reflexión de P. RICOEUR, *Muere el personalismo, vuelve la persona*, en *Amor y justicia*, Caparrós, Madrid 1993, pp. 95 y ss.

³⁸ Cfr. J. ORTEGA Y GASSET, *Qué es conocimiento*, Alianza, Madrid 1992.

³⁹ Cfr. M. BUBER, *Yo y tú*, Caparrós Editores, Madrid 1998.

⁴⁰ Cfr. R. GUARDINI, *Mundo y persona*, Encuentro, Madrid 2012.

⁴¹ Cfr. U. VON BALTHASAR, *Teodramática / 2. Las personas del drama: El hombre en Dios*, Encuentro, Madrid 1992.

miento y la praxis del mundo de los hombres. No se trata solo de que el personalismo sea posterior en el tiempo al objetivismo clásico-medieval y al subjetivismo moderno (si atendemos a las distinciones tópicas), sino que, más bien, se trata de descubrir que la distinción entre yo y el mundo es ontológicamente posterior a la relación entre yo y tú, como bien supo mostrar Buber.

Si nos preguntamos qué aporta el personalismo a cada una de las tradiciones de pensamiento arriba apuntadas, el sentido de la filosofía personalista aún es más evidente. La fenomenología describe esencias, pero tanto el fenomenólogo como la subjetividad constituyente a la que progresivamente va llegando son realidades personales. La filosofía analítica deshace enredos del lenguaje, pero el lenguaje únicamente tiene sentido como medio de comunicación personal. La hermenéutica pugna por deshacer malentendidos, pero el entendimiento hacia el que se orienta su labor es un entendimiento entre personas. El existencialismo ha sido señalado en numerosas ocasiones como precedente directo de personalismo. La filosofía crítica que parte de Marx y desemboca en Habermas, a través de la escuela de Frankfurt, busca la emancipación de las personas, y en este impulso transformador se aleja por igual de la analítica o la fenomenología acercándose al personalismo. El filósofo de corte trascendental busca condiciones *a priori*, y en su búsqueda se topa con el sujeto trascendental o con la comunidad ideal de discusión (sujeto o comunidad personales, al fin y al cabo). El racionalismo crítico busca fundamentaciones últimas sobre las que apoyarse, pero ¿quién es el que se apoya si no es un ser de tipo personal? Igual el pragmatista, que reconduciendo todo al sentido utilitario de las cosas para la propia vida no puede dejar de contar con la persona en virtud de la cual las cosas adquieren utilidad. Ni siquiera el postmoderno en su destrucción de lo humano, sea como estructuralista, ensalzador del fragmento o deconstructivista, puede saltar por encima de su propia sombra y abandonar a la persona; también el postmoderno (si no quiere incurrir en contradicción performativa) debe humildemente reconocer que él es alguien que habla para alguien.

3. El sentido de la filosofía personalista frente a otras propuestas

Dicho está lo que consideramos esencial en cuanto al sentido de la filosofía personalista, e incluso se ha mostrado cómo toda tradición de pensamiento se beneficia al reconducirse por las sendas del personalismo. Queda un segundo momento que sería de trituración dialéctica, al decir de Gustavo Bueno, o de lucha de tradiciones, al decir de MacIntyre. La cuestión ahora es: visto lo que es el personalismo, ¿qué ventajas

tenemos si seguimos al personalismo como tradición filosófica, frente a las otras propuestas? La idea ahora es que el personalismo filosófico sale aún más reforzado si se lo confronta dialécticamente con otras propuestas, sea en el nivel teórico, en el nivel personal o en el nivel profesional. Sin embargo no habría que entender esta confrontación dialéctica en sentido exclusivo ni excluyente, sino en sentido inclusivo; las tradiciones filosóficas no deberían regirse por la contraposición del *aut-aut*, sino del *vel-vel* (porque, recurriendo a un argumento personalista, los cuerpos son impenetrables, pero las personas se interpenetran y viven las unas en las otras).

En la vida teórica decía Rosenzweig que la “la filosofía oficial se ha empeñado, con sus enrevesamientos, en afirmar que el mundo no es el mundo, que el hombre no es el hombre y que Dios no es Dios. De este modo, la filosofía, cuanto más oscura y tergiversadora de lo real, tanto más profunda. El pensar ha sido el pensar solitario; el hablar implica al yo y al tú”⁴². No es mala ganancia teórica si reconducimos el discurso filosófico, por teórico que sea, a un plano personal y comprensible. Frente al estructuralismo que predica la disolución de lo humano en las estructuras que lo conforman, en aras de la objetividad y de la teoría⁴³, el personalismo nos recuerda que lo verdaderamente importante somos yo y tú, y el resto son abstracciones⁴⁴. El personalismo reconduce la filosofía teórica a la persona, en lugar de despersonalizarla, como se advierte en algunas derivas fenomenológicas⁴⁵.

El personalismo, además, ofrece una visión unificadora de los saberes, puesto que los concibe a todos en función de la persona, frente a otras propuestas disolventes en las que falla el elemento integrador de los saberes (conductismo, constructivismo, estructuralismo, etc.). Pero mejor aún: la pertinencia de la filosofía personalista en sentido teórico es total si se cae en la cuenta de que el pretendido mundo objetivo solo se da tras la interacción con los demás. El niño-lobo, que carece de una relación interpersonal (aunque de una relación interpersonal haya surgido, como no podría ser menos), carece de lo que nosotros llamamos mundo objetivo; evidentemente, no en el sentido de que para él la realidad no sea realidad, sino que vive más en un “ambiente” (*umwelt*) que en un “mundo” (*welt*), precisamente porque le falta la dimensión de ser con los demás. Aunque la distinción está en Heidegger, Husserl

⁴² Cfr. M. MORENO, “Personalismo alemán”, en *Diccionario de pensamiento contemporáneo*, Paulinas, Madrid 1997.

⁴³ P. RICOEUR, *Del texto a la acción*, op. cit., pp. 152-156.

⁴⁴ Cfr. M. DE UNAMUNO, *El sentimiento trágico de la vida*, cit., cap. 1.

⁴⁵ Cfr. M. HEIDEGGER, *Carta sobre el humanismo*, Alianza, Madrid 2000.

ya tiene indicaciones muy interesantes a este respecto. Nedoncelle lo ha tratado a fondo desde la perspectiva personalista⁴⁶. Frente al positivismo o el neopositivismo (tan ingenuos al cabo como el viejo realismo), es más fiel a la realidad una filosofía que pone el centro de atención no en el solo sujeto aislado ni en el mundo sin sujetos, sino en el encuentro entre ambos.

Pero el personalismo también sale ganando si se le contrasta con otras tradiciones de pensamiento, al fijarnos en la orientación de la vida que proporcionan unos y otros. Desgraciadamente, la filosofía, de un tiempo a esta parte, ha ido perdiendo progresivamente su potencial de orientación para la vida, que tan vivo estuvo en las grandes escuelas filosóficas del Bajo Imperio Romano (epicureísmo, estoicismo, etc.). Sin embargo, en la adecuada definición de lo que es la filosofía debería estar presente este elemento esencial: la filosofía no solo sirve para pensar mejor, sino para vivir mejor. El personalismo invita a tomarse la vida como una llamada (vocación) a una tarea que solo uno mismo puede cumplir, y no uno cualquiera (Mounier)⁴⁷. En la inmensa mayoría de tradiciones filosóficas del siglo XX, este potencial orientador de la vida está, sencillamente, ausente. Además, en este aprender a vivir, el personalismo ofrece un criterio claro de actuación: “vivir es desvivirse”⁴⁸. Frente a filosofías como la analítica que se ufanan por dejarlo todo como está⁴⁹, el personalismo tiene una fuerza generadora y transformadora de la realidad que no tiene nada que envidiar a la oncena tesis sobre Feuerbach⁵⁰.

Pero el personalismo también resulta sumamente interesante como propuesta de fondo para orientar la vida profesional. Si nos centramos en las profesiones que requieren de estudios universitarios (aunque la propuesta es extensiva a cualquier tipo de oficio), la aplicación práctica de esto es clara: el personalismo es la mejor propuesta a introducir en el currículum de cualquier carrera universitaria. Tanto si se trata de una carrera de ciencias puras como si es una carrera técnica, sea una carrera de ciencias humanas o simplemente una carrera orienta-

⁴⁶ Cf.: M. NEDONCELLE, *La reciprocidad de las conciencias*, Caparrós Editores, Madrid 1997.

⁴⁷ I. RODRÍGUEZ, *Persona, vocación y compromiso en Emmanuel Mounier*, Comunicación presentada en las II Jornadas de la Asociación Española de Personalismo, 2006. Alojada en www.personalismo.org (Consultada el 11-11-2016).

⁴⁸ X. M. DOMÍNGUEZ, *Psicología de la persona*, Palabra, Madrid 2011, p. 182.

⁴⁹ Cf.: L. WITTGENSTEIN, *Investigaciones filosóficas*, op. cit., §124.

⁵⁰ “*Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modo el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*”, K. MARX, *Tesis sobre Feuerbach*, en www.marxist.org (Consultado el 11-11-2016).

da a una profesión de servicio, en todos estos casos es mejor poner el personalismo como la base que no otras propuestas. Lo que puede aportar el personalismo a una carrera como las matemáticas o la física, además de descubrirnos el carácter secundario del llamado “mundo de las cosas”, como se ha dicho, es recordarnos que la ciencia siempre es una cuestión personal, hecha por y para las personas. La filosofía de la ciencia de corte analítico, por ejemplo, no nos hace este breve y sin embargo fundamental recordatorio. En las profesiones técnicas es más evidente aún la importancia de una filosofía personalista, puesto que es más evidente que toda la técnica pensada, fabricada y aplicada por el ser humano tienen como finalidad mejorar, facilitar o simplificar la vida de las personas. No parece que las filosofías postmodernas que predicán la abolición de lo humano nos puedan prestar una ayuda concreta en esta tarea.

En las ciencias humanas la tradición personalista ofrece una sólida fundamentación del objeto de estudio para dichas ciencias. Además insufla en estas ciencias humanas el necesario impulso transformador de la realidad que debería alentar en ellas. Porque ¿qué se puede esperar en orden a cambiar la realidad de una sociología, de una psicología o de una etnografía que tienen el positivismo como base? Si además recordamos las polaridades constitutivas (Guardini) de individuo-comunidad, varón-mujer o cuerpo-alma (Von Balthasar), nos libramos de caer en totalitarismos o individualismos, en falsas consideraciones acerca del género, en reductivismos fiscalistas o espiritualistas, en monismos u holismos metodológicos. Si de las ciencias humanas pasamos a las carreras que preparan al alumno para desempeñar lo que podríamos llamar profesiones de servicio a la comunidad (aunque todas lo sean en cierto sentido), tales como maestros, médicos, enfermeros, sacerdotes, abogados, etc., la necesidad de una filosofía personalista en los planes de estudio es máxima. Ni la filosofía analítica, ni el racionalismo crítico, ni ninguna otra tradición parece que estén a la altura de una filosofía que recuerda a los futuros profesionales que la persona es el centro de su atención, de su actividad y de su vida toda.

Así que también aquí, como en los estudios teóricos, los técnicos o las ciencias humanas, el lema de “¡a las personas mismas!” no solo es útil, sino que orienta radicalmente el sentido de lo que se hace. ¿Para qué un científico que no ponga su ciencia al servicio de la persona? ¿Para qué un técnico que no piense en las personas a las cuales sirve su técnica? ¿Para qué un científico social que se ha olvidado de la persona? ¿Para qué un médico, enfermero o maestro que no conciba su profesión como un desvivirse por los demás?

4. Conclusión

Con esto esperamos haber contribuido a esclarecer un poco más el sentido de la filosofía en clave personalista. Hemos propuesto hablar del sentido, más que de la utilidad. También hemos caracterizado las corrientes más representativas del siglo XX para descubrir bajo ellas un cariz indefectiblemente personal. El sentido de la filosofía personalista está, en primer lugar, en reorientar las cosas y la filosofía misma hacia la persona, fuente de todo auténtico sentido. El sentido de la filosofía personalista está, en segundo lugar, en promover un giro personalista que se sitúe en un justo término medio entre el objetivismo y el subjetivismo (términos ambos que son posteriores a la relación interpersonal). Si confrontamos el personalismo con otras tradiciones, veremos que esta tradición de pensamiento es superior a las otras en orden a la actividad teórica, en orden a la orientación de la propia vida y en orden a la vocación profesional, sea en los trabajos científicos, técnicos o de servicio. Así que, una vez más, ¡a las personas mismas!